

Franklin Tello o el espíritu esmeraldeño

Pablo Cuvi

Cuando Frank Weilbauer describió con admiración aquella primera transfusión brazo a brazo que hiciera el doctor Franklin Tello, recuérdeme que esa era una de las anécdotas que narraba el famoso esmeraldeño en su libro *Más allá de la simple receta*, cuyas historias retratan desde el punto de vista privilegiado del doctor una época crucial de la medicina que se practicaba en Quito entre los años treinta y los cincuenta.¹

Conocí fugazmente al doctor Tello a mediados de los años sesenta, cuando acudí al llamado de un tío que se hallaba enfermo en casa. En esos días todavía era común que los médicos visitaran a los pacientes a domicilio. Para entonces, Franklin Tello era ya un personaje muy conocido; había sido ministro de Educación del primer gobierno de Velasco Ibarra; luego, ministro de Previsión Social de Galo Plaza; y ministro, finalmente, de la Junta Militar, donde desató la polémica por su plan para controlar y reducir el precio de las medicinas. Ante las críticas de sus adversarios políticos, proclamó que él se amarraba los pantalones con riel. Pero ese era solo un aspecto de la vibrante personalidad de este pionero en diversos temas.

Tomé el libro de mi biblioteca y empecé a leer la historia de la transfusión, que Tello narra con mucha gracia y lujo de detalles.² Sucede que en una fría noche quiteña algunos importantes caballeros fueron a golpear en la puerta del doctor para llevarlo a la Embajada argentina donde el embajador «se moría con una gran hemorragia estomacal a consecuencia de una úlcera». Antes habían consultado al prestigioso doctor Isidro Ayora y fue él quien recomendó que trajeran a Tello pues él tenía el aparato para la transfusión.

La casa de la avenida Colón estaba llena de diplomáticos y gente de la alta sociedad, dispuestos a prestar «sus brazos gordos de gente bien alimentada», dice el narrador, quien llevaba una jeringa de Jouvé, pero no sabía cómo

1 Tello Mercado, Franklin, *Más allá de la simple receta. (Anecdotario médico)*, 2.ª ed. del original de 1973, con textos adicionales de otros médicos, solicitados por Franklin Tello Quirola, Quito, 1998, p. 74 y ss.

2 *Idem.*

debía usarla correctamente. «No disponía de un hemotest (sueros testigos) para determinar grupos sanguíneos. Tenía que recurrir a la prueba de compatibilidad e incompatibilidad de las sangres, pero esto no lo había hecho antes. Entre tanto, el enfermo se moría. La cama y las alfombras del dormitorio se hallaban mojadas de sangre por la fuerza del vómito».

Entonces, Tello se armó de valor, extrajo con dificultad algunos centímetros cúbicos de sangre del enfermo, los colocó en un tubo y, para acelerar la obtención de suero sanguíneo, ató el tubo a una cuerda y la hizo girar circularmente por unos minutos. Luego fue cotejando una gota de suero con dos gotas que obtenía del dedo de cada posible donante. Tello sabía teóricamente que debía producirse o no la aglutinación de los glóbulos rojos, pero nunca lo había observado en la práctica. ¡Sabía, además, que cualquier error en la selección de la sangre sería fatal!

Con semejante presión probó a cinco o seis personas hasta que pudo ver que los glóbulos se mezclaban uniformemente con el suero y no aparecían grumos. «¡Había hallado una sangre compatible con la del moribundo!». Pero se topó con una nueva dificultad, pues las agujas para una transfusión directa eran demasiado gruesas y, por tanto, imposible ubicar las venas exangües, casi colapsadas, del embajador. Entonces tomó una hoja de Gillette del baño «y sin vacilar, y sin anestesia, le abrí la piel longitudinalmente en la parte central del antebrazo, en busca de la Vena Mediana». No fue suficiente: debió manipular más aún la escurridiza vena hasta que logró su objetivo y empezó la transfusión. El enfermo revivió poco a poco, pero aún debió superar el médico la coagulación que entorpecía el trabajo del émbolo. Había sucedido la primera transfusión en Quito, y tal vez en Ecuador, escribe Tello, quien, a partir de esa emocionante experiencia, se dedicó con pasión a efectuar transfusiones de brazo a brazo.

Dávila, Suárez y Gallegos Anda

Por las valiosas páginas del doctor Tello desfilan los grandes médicos de la época.³ Por ejemplo, el doctor Luis G. Dávila: «¡Ah, el pastuso Dávila, como le llamaban familiarmente, merecería un capítulo aparte! Educado en Francia, era dueño de una extraordinaria cultura médica. Poseía gran talento y una facilidad estupenda para exponer sus ideas en forma galana. Tenía una dicción impecable. Era alto, robusto y elegante. Dictaba clases de Anatomía Patológica, la materia más árida y complicada de todas las que se estudian en Medicina, y, a pesar de ello, tenía el arte de dar lecciones bellas y agradables».

Más adelante, bajo el subtítulo de *Un verdadero maestro*,⁴ nos presenta a un científico e investigador de verdad, el doctor Pablo Arturo Suárez, «un hombre serio hasta la exageración, callado e introvertido. No sonreía jamás. Casi hablaba con

3 *Ibid.*, pp. 35-36.

4 *Ibid.*, pp. 63-64.

sentencias. Le apasionaban los problemas sociales y en la cátedra de Higiene, como director general de Sanidad o como primer director del Departamento Médico del Seguro Social, realizó labor estupenda. Sus alumnos sentíamos hacia él una mezcla de admiración, miedo y respeto. Armándome de valor un día —alumno ya egresado— lo elegí como director de mi tesis doctoral. Cuando le participé mi resolución se sintió sorprendido. “Llevo tantos años de profesor de la facultad y es la primera vez que un estudiante me busca para esto”, me dijo. “Así es el miedo que los estudiantes le tienen a usted”, respondí».

El doctor Suárez, que era también un histólogo y el mejor radiólogo de su época, rechazó el tema escogido por Tello y al día siguiente le asistió con uno nuevo: *Colaboración al estudio radiológico anatómico e histológico de los pulmones de animales colapsados por el neumotórax artificial*. «Casi dos años me hizo trabajar intensamente, y él también trabajó con gran interés», recuerda Tello, que para entonces se ganaba la vida como profesor del colegio Mejía, a cuyas instalaciones llevaba a los perros callejeros para realizar el experimento con un neumotórax diseñado por él. Luego los llevaba al gabinete de rayos x para los controles y cada mes sacrificaba un animal para investigarlo. «Esta larga, pesada y difícil labor hizo que el ilustre maestro y yo termináramos siendo buenos amigos, y que pudiera apreciar de cerca su extraordinario talento, su gran ilustración, la bondad oculta tras esa corteza dura y su rara capacidad para el trabajo».

Otro de los grandes maestros de la época desfila por estas páginas:⁵ el doctor Elías Gallegos Anda, que nació en Ambato, estudió Medicina en Quito y se especializó en Lyon, de donde trajo «un caudal inmenso de conocimientos clínicos que supo darlos, sin regateos, a sus alumnos en tres décadas de profesorado de Clínica Médica. Varias veces ocupó el decanato de la facultad. Era hombre de gran talento y generoso corazón». El discípulo no oculta su admiración por la sencillez y humildad de Gallegos, quien junto a un enfermo se volvía un coloso «por la manera de interrogarlo y examinarlo, de sentar un diagnóstico» y de disertar allí mismo ante los estudiantes sobre esos casos clínicos muy complejos. El maestro solía iniciar sus clases repitiendo una frase atribuido a Hipócrates: *Primum non nosere*; es decir, «Lo primero es no causar daño», adagio que, por oposición, le da pie a Tello para narrar algunos casos escalofriantes de irresponsabilidad y daño causado por galenos negligentes.

La tragedia de Mosquera Narváez

El doctor Aurelio Mosquera Narváez ingresó en la historia deportiva porque, en enero de 1930, cuando fungía de rector de la Universidad Central, firmó la creación oficial de la Liga Deportiva Universitaria. Pero Tello no toca este punto, sino que lo retrata en el campo profesional: «Profesor universitario de la cátedra de

5 *Ibid.*, pp. 72-73.

Patología Interna, llegaba siempre puntual a dar sus clases y se sabía de memoria los capítulos de la obra de Colet. Llegó a ocupar por varios períodos el rectorado de la Universidad Central». ⁶

Y para que el lector tenga una imagen del Quito de los años treinta, el esmeraldeño recuerda que Mosquera Narváez era el médico más cotizado de la época y usaba un lujoso coche, halado por dos hermosos caballos negros, «para realizar sus visitas a domicilio desde las siete de la mañana hasta la una o dos de la tarde. Fue el último coche que transitó por las calles de Quito».

En el caos político de esa década, literalmente entre gallos y medianoche, los asambleístas eligieron presidente de la República al doctor Mosquera Narváez y a la semana ya querían destituirlo. Su fin fue más dramático pues, en pleno ejercicio de la Presidencia, se suicidó con una pócima que él mismo mandara a preparar en la Botica Alemana. La historia oficial tendió un velo de pudor sobre el acto, pero Tello lo ratifica. ⁷

No hay que olvidar que hasta mediados del siglo xx, tal como relata más adelante y con un toque de ironía el memorioso esmeraldeño, los alumnos estudiaban de ocho a diez horas la *Terapéutica* de Manquat durante el quinto año de Medicina, ejercitando la memoria en grado superlativo, para sentarse luego frente al enfermo, diagnosticarlo, sacar la hoja de receta y prescribir una fórmula magistral con el principio activo, el coadyuvante, el correctivo, el vehículo y el edulcorante, calculando por gramos, centigramos o miligramos los fármacos, de acuerdo con la sensibilidad o resistencia de cada enfermo.

Hacia 1970, las recetas para el boticario iban pasando a la historia junto con el médico de cabecera y el médico de familia. Miembro de la vieja escuela, Franklin Tello observa que la medicina va deshumanizándose y que, contagiada del pragmatismo norteamericano, «esta noble profesión de médico va perdiendo muchos de aquellos atributos que le daban encanto». En realidad, se trataba de un cambio de época, porque el desarrollo tecnológico y una serie formidable de descubrimientos alteraron radicalmente el mundo que vivió nuestro galeno. Para que no se perdieran del todo, menos mal que se tomó la molestia de escribir estas memorias.

6 *Ibid.*, p. 107.

7 *Ibid.*, p. 36.